



TODOS MINUSVÁLIDOS, TODOS ALIENADOS, TODOS CONECTADOS...

Myriam Ríos Madrid

Docente del Programa de Psicología
Funlam

Hace unos días se presentó una gran controversia en el país por las declaraciones de la madre de una senadora, quien dijo públicamente: “individuos minusválidos no pueden subir al púlpito”, según ella, por cuestión de “conciencia”, cerrándole así la posibilidad de predicar la palabra de dios en su iglesia a quien posea algún defecto físico o mutilación.

La polémica declaración generó airados comentarios en contra de la líder religiosa, quien fue tildada, entre otras cosas, de excluyente, elitista e irrespetuosa con un sector de la población que ha venido luchando por ser reconocido como pleno de derechos y como útil y capacitado para desempeñarse en múltiples sectores sociales. Las abundantes críticas estuvieron acompañadas de muchas notas y de caricaturas en las que se ridiculizaba a la dirigente religiosa y a su séquito de seguidores incondicionales, quienes, aun viéndose maltratados por ella, salían a defenderla públicamente, asunto que no es raro, pues siempre se ha visto a lo largo de la historia, que las masas hipnotizadas por sus líderes, los siguen incondicionalmente y, si es el caso, se arrojan por un abismo ante la mínima orden del dirigente.

Lo anterior se percibe con mayor claridad, cuando se trata del vínculo al interior de una comunidad religiosa, vínculo complejo en el que no sólo entra

en juego la relación con ese líder al que se le atribuye de entrada una cercanía con dios y un saber sobre los grandes asuntos humanos, sino que también está puesto en juego el desamparo constitucional del ser humano, su indefensión frente a todos los peligros que lo acechan, además del temor a la muerte y la incertidumbre por el más allá.

Así pues, el asunto no es simple, y una vez más pudimos comprobar la gruesa venda que los humanos nos ponemos en los ojos cuando empeñamos nuestra autonomía y dejamos que otros piensen por nosotros, que otros nos señalen el camino, nos administren la vida.

Ahora bien, las declaraciones de la rica y excluyente señora me generaron una reflexión sobre el futuro de la humanidad, concretamente, me entretuve en hacer un ejercicio mental en el que pensaba que si tomáramos al pie de la letra las palabras de esta ministra de Dios, cada día resultaría más difícil encontrar personas que no tuvieran alguna discapacidad que les impidiera predicar en el púlpito; no sabría decir en cuánto tiempo, pero sí me aventuraría a predecir que la discapacidad humana se acrecienta a pasos agigantados, sobre todo, la discapacidad cognitiva, fruto del uso desmedido de la tecnología digital que está convirtiendo al ser humano en un minusválido, en un ser dependiente totalmente del PC o del celular.

Al paso que vamos, a las Piraquives venideras, pues van a venir muchas más, entre otras cosas, porque las masas adoran a las Piraquives, les resultará muy difícil encontrar predicadores completos, sanos, con todas sus facultades, por ejemplo, con algo tan importante como la memoria. Se me ocurre que en algunos años, será empresa titánica encontrar predicadores que reciten un versículo de la biblia o vociferen en el púlpito haciendo alusión a personajes bíblicos y sus hazañas, dando ejemplo y suscitando miedo, admiración o respeto en los atónitos feligreses. Estos futuros minusválidos de la memoria, serán, muy seguramente, incapaces de evocar por su propia cuenta, el nombre del constructor de una famosa arca, el escritor de las tablas de la ley, el primer asesino de la historia, o la primera hazaña de seducción femenina, esto, sólo por citar una fuente de discapacidad, la memoria, pero hay muchas más: la atención, la comprensión lectora, la capacidad de escribir, y, la que me parece bastante grave, la discapacidad afectiva.

En este sentido, mi planteamiento central tiene que ver con el norte hacia el que se dirige la humanidad, que no es otro que el de la discapacidad. Desde mi punto de vista, la humanidad se dirige hacia un estado de minusvalidez generalizada en el que podremos ver perfectamente materializada la sentencia freudiana: “El hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos, pero estos no crecen de su cuerpo y a veces aún le procuran muchos sinsabores” (Freud, 1981: 3034).

El hombre, un dios con prótesis, orgulloso, narcisista al extremo, que se llena la boca diciendo que él ha creado máquinas inteligentes, que él es quien las programa, que él es su amo, pero, una leve mirada nos muestra que algunas de estas creaciones lo están volviendo inútil, lo están sustituyendo en funciones que antes los humanos se esforzaban en cumplir. Bien podría decirse, desde mi punto de vista, que estas glorias, estos laureles sólo se los podrían llevar unos pocos humanos, aquellos que en efecto diseñan y programan estas máquinas poderosas, porque la mayoría de los humanos hoy, no pueden competir con una calculadora sencilla, mucho menos con un PC; algunos, millones, incluso, no son capaces de retener en su mente las sencillas tablas de multiplicar o una estrofa de su canción favorita, tampoco, extraer la idea principal de un párrafo o resolver problemas cotidianos, como sucedió en las pasadas pruebas pisa, en las que nuestros escolares ocuparon el último lugar.

Parto de la hipótesis de la existencia de una masa de consumidores de la tecnología, principalmente de celulares y computadores, cuya vida gira alrededor de este consumo; una masa de consumidores que cumple con que lo Freud decía parafraseando a Gustavo Le Bon: “La masa es un rebaño obediente que nunca podría vivir sin su señor. Tiene tal sed de obedecer que se subordina instintivamente a cualquiera que se designe su señor” (Freud, 1976: 77).

Este rebaño de consumidores, de devoradores de la tecnología digital, obedece ciegamente las órdenes de su “Señor”, el mercado, verdadero amo que pone a su disposición cada día artículos nuevos, gadgets que prometen la felicidad a sus poseedores, a los infelices, a los menos agraciados, a los poco dotados por la naturaleza, a los no amados, a los insatisfechos, es decir, a todos los humanos que en estampida se han lanzado sobre este nuevo maná (llámese

PC, Smartphone, Blackberry.) pan de vida y de salvación de la soledad y la miseria humana, dado por el dios mercado para consolar a una multitud de sufrientes de todos los estratos sociales. Mercado, Señor, que en un acto de igualdad sin parangón en la historia de la humanidad, ha dado a todos la posibilidad de obtener un gadget maravilloso, un objeto que ha pasado a ser la compañía perfecta, la pareja ideal, la media naranja de miles de millones de humanos, porque, valga la pena resaltarlo aquí, el mercado no es como Piraquive, excluyente, al contrario, bajo su seno caben todos, todos los humanos, todos los compradores, sean como sean, sanos o con cualquier discapacidad, lo importante es que tengan dinero para comprar, él, se encargará de crear la discapacidad o de aumentarla en caso de ya tenerla.

Ahora bien, señala Freud, citando a Le Bon, y refiriéndose a uno de los rasgos del individuo integrante de una masa: “El individuo deja de ser él mismo; se ha convertido en un autómatas carente de voluntad” (Freud, 1976: 73).

Según lo que venimos formulando, qué frase más precisa podríamos hallar para describir a cada uno de los integrantes de esta masa humana que ha empeñado su libertad a un aparato que cabe en su mano, que como autómatas carentes de voluntad, no pueden separarse un minuto de su gadget, que duermen con él, que no lo sueltan ni para comer, para atender al otro, para escuchar una clase, o, el caso cada vez más citado, incluso en nuestro país, de los autómatas carentes de voluntad que ya no miran a los ojos al otro ser humano, que ya no besan ni acarician a sus parejas, que cada vez tienen menos sexo real, porque el celular, el PC no lo permite, porque este objeto es tan importante, tan perfecto, tan completo; porque es tan placentero tocarlo, mirarlo, acariciarlo cada segundo, que ningún humano puede competir con él, desplazarlo ni generar el interés y la atención que él produce.

De otro lado, es un hecho que cada vez los procesos informáticos nos facilitan más la vida, nos resuelven muchos de los problemas cotidianos y al mismo tiempo exigen menos habilidades o inteligencia para manejarlos; por ejemplo, cada vez los celulares y los PC tienen más funciones, pero también, es más fácil manejarlos, sus sistemas operativos son más sencillos, más amigables; igualmente, cada vez, les descargamos más actividades intelectuales, les damos el trabajo a ellos, y nosotros, los humanos, mantenemos la mente más quieta, le

exigimos menos a nuestro intelecto. Es como si los creadores de software y los diseñadores de estos aparatos, cuando se dedican a crear sus programas y sus máquinas, imaginaran a esta gran masa de compradores como minusválidos mentales, como discapacitados con serias dificultades cognitivas a los que cada vez hay que facilitarles más las cosas, cada vez hay que simplificar más los procesos de búsqueda de información, de recuperación, de almacenamiento, entre otros.

Ahora bien, junto con la discapacidad, encontramos otro fenómeno supremamente interesante en esta masa de consumidores humanos, se trata de la alienación, así lo señala Carr: “El precio que pagamos por asumir los poderes de la tecnología es la alienación, un peaje que puede salirnos particularmente caro en el caso de nuestras tecnologías intelectuales. Las herramientas de la mente amplifican y a la vez adormecen las más íntimas y humanas de nuestras capacidades naturales: la razón, la percepción, la emoción” (Carr, 2011: 253).

Es claro que hoy nos encontramos frente a una masa de individuos alienados, controlados por el mercado de la tecnología, individuos que han perdido su libertad, que están amarrados a las determinaciones del mercado y a la dictadura de unos objetos, verdaderos fetiches que les exigen sumisión las veinticuatro horas del día. Freud lo había señalado como una de las características fundamentales de la psicología de las masas: “Nos está pareciendo que vamos por el camino correcto que permitiría esclarecer el principal fenómeno de la psicología de las masas: la falta de libertad del individuo dentro de ellas” (Freud, 1976:91).

Hoy como nunca, el individuo perteneciente a la masa consumidora es por definición, un “títere”, una marioneta, un ser escaso de libertad, un minusválido de la voluntad, incapaz de tener iniciativa para pararse frente a un mercado que le maneja su vida, que le manosea hasta, y principalmente, su vida amorosa, su sexualidad, mercado que ha penetrado en todos sus espacios cotidianos señalándole cómo debe vivir, qué debe usar, qué perfil debe mostrar, cuántos amigos tener, cómo debe sentir, en fin, un mercado como fuente de alienación en el que se han disuelto aspectos esencialmente humanos: la razón, la voluntad, el libre albedrío.

Haciendo énfasis en el asunto de la minusvalidez humana, vale la pena citar a McLuhan, un teórico de la comunicación, quien acuñó el término “aldea global” y que en los setentas predijo los puntos hasta los que llegaría la influencia de internet en la vida de los seres humanos; McLuhan nos presenta un término que cae como anillo al dedo a nuestro planteamiento, así lo cita Carr:

“Al explicar cómo las tecnologías adormecen las mismas facultades que amplifican, llegando a utilizar el término autoamputación, McLuhan no trataba de idealizar la sociedad tal como era antes de la invención de los mapas, los relojes o los telares mecánicos. La alienación, entendía él, es un inevitable subproducto del uso de la tecnología. Siempre que utilizamos una herramienta para ejercer un mayor control sobre el mundo exterior, cambiamos nuestra relación con el mundo.” (Carr, 2011: 255).

La brutalidad del término “autoamputación” no excluye la posibilidad de ser abordado aquí, al contrario, al igual que a las cosas duras de la vida, hay que mirarlo de frente, hay que ponerle el pecho. En estos momentos el ser humano se está autoamputando, no precisamente los dedos, (pulgares que a la larga son los únicos que van a salir fortalecidos), sino, gran parte de sus facultades psíquicas, de su capacidad de relacionarse cara a cara con otros, de su capacidad para asombrarse, para contemplar la naturaleza, entre otras.

Así las cosas, en este rebaño de autoamputados, las piraquives venideras se verán en serios apuros para escoger sus pastores, muy seguramente, ante tal abundancia de minusválidos y tan escasa presencia de sanos, las futuras pastoras tendrán que cambiar radicalmente su planteamiento, es decir, enunciarlo al contrario: “individuos sanos no pueden subir al púlpito”, acogiendo así a toda la masa de minusválidos aspirantes a predicadores.

Volviendo a la psicología de las masas, ocupémonos de un aspecto que tiene gran presencia en nuestro medio y juega un papel muy importante ya que en muchas ocasiones se toma como un indicador de status social, se trata de los nombres o denominaciones de marca de los productos tecnológicos, aspecto que me parece fundamental traer aquí, pues Freud ya había señalado el lugar de las palabras en la psicología de las masas, así lo expresa parafraseando a Le Bon: “De nada vale oponer la razón y los argumentos a ciertas palabras y fórmulas. Se las pronuncia con unción ante las masas, y al punto los rostros cobran una expresión respetuosa y las cabezas se inclinan. Muchos las consideran fuerzas naturales o poderes sobrenaturales” (Freud, 1976: 76).

Tenemos el claro ejemplo de lo que suscitan palabras como Apple, Blackberry, Samsung Galaxy, Nokia, LG, etc., en los consumidores, palabras e íconos ante los cuales las masas se inclinan, se arrodillan, transforman sus rostros exhibiendo las más diversas emociones humanas: alegría, envidia, reverencia, esperanza, ansiedad, calma, regocijo, deseo, excitación, pasión, satisfacción, y otras que llegan a rozar lo sexual.

Las masas adoran estos íconos y muchos padres de familia invocan el poder calmante, sanador de estas palabras para controlar a los hijos groseros, rebeldes, inquietos, desobedientes, quienes como por arte de magia, y ante la promesa de poseer uno de estos símbolos, cambian su comportamiento, se tornan dóciles, se aquietan, parecen dominados, sedados por una droga más fuerte que la ritalina más potente jamás creada en laboratorio alguno. Para comprenderlo, basta con ver a un niño de tres o cuatro años con el celular en la mano, quietecito, agachadito, casi en posición fetal, moviendo sus pulgarcitos, aislado del mundo, ignorando a su madre, que plena de orgullo, le dice a la vecina que su hijo es muy inteligente, que nació con el mouse en la mano y que maneja el celular mejor que la cuchara, que es muy juicioso, no se mueve durante horas, donde se sienta permanece sumido en el más absoluto silencio, concentradito, irradiando tranquilidad, quietud.

Lo que no sabe, o no quiere saber la madre, es que quizás su tierno hijo nunca guardará una cifra o un dato en su cabeza; quizás tendrá dificultad para seguir una conversación, para atender a una clase; que quizás nunca aprenderá a manejar el lápiz, a garabatear palabras con una caligrafía imperfecta, pero propia; que quizás nunca tendrá una pareja o un amigo reales, para mirarlos a los ojos, para reír cerca de ellos, para compartir hechos reales; que quizás nunca acariciará un libro, y, peor aún, nunca lo leerá. En fin, la orgullosa madre no sospecha que quizás su quietecito hijo muy seguramente será uno de los futuros minusválidos, afectados en cualquiera de las funciones, de las facultades cognitivas o afectivas que un día tuvieron los humanos. Por lo demás, la orgullosa madre también está seriamente afectada, alienada, conectada las veinticuatro horas del día.

Ahora bien, para ampliar un poco más este panorama de la masa humana

consumidora de tecnología que hemos presentado, veamos qué relación suelen tener las masas con la verdad; nuevamente Freud nos presenta la opinión de Le Bon: “Y por último: las masas nunca conocieron la sed de la verdad. Piden ilusiones, a las que no pueden renunciar. Lo irreal siempre prevalece sobre lo real, lo irreal las influye casi con la misma fuerza que lo real. Su visible tendencia es no hacer distingo alguno entre ambos”. (Freud, 1976: 76).

Podríamos preguntarnos: ¿Qué pide esta masa hoy? A lo que responderíamos: ilusiones, fetiches que la mantengan en la ilusión de completud, de satisfacción, de felicidad. Pide mundos virtuales, separados de la realidad, contrarios a la realidad, en los que se pueda ser y tener todo lo que la vida real niega, constriñe, prohíbe.

Pide sexo virtual, onanismo virtual, sexo aséptico, no contaminado por el contacto humano, sexo parcial, visual, exclusivamente visual; sexo a distancia, mediado por la red; sexo crudo, rápido, escueto, sin sentimientos; sexo abierto, pagado con tarjeta de crédito o con plan de datos, sexo público, a pesar de estar encerrado en una diminuta pantalla.

Pide amistades virtuales, miles, millones de amistades para disimular una soledad estructural, para llenar un vacío inconmensurable que nunca se llenará, para acumular cifras de desconocidos a quienes estregarle sus triunfos, sus sonrisas fingidas, a quienes mostrarle su cuerpo, sus viajes, su sexualidad, su dinero, sus mentiras.

Pide que se la mantenga engañada, atolondrada, agachada sobre su celular o su PC, arrodillada frente a su amo, acrítica, enferma, mutilada, minusválida, consumista hasta la muerte, en fin, ebria con esta nueva droga que parece ser la panacea esperada por una humanidad ansiosa, ávida de tranquilizantes, de quitapenas, de adormecedores del dolor de existir, paliativos del dolor que produce la arcaica herida con la que nacemos, la de la muerte.

A esta altura, no podría concluir sin citar nuevamente a Freud, quien con una profunda y certera frase, me permite cerrar esta descripción de la futura humanidad: “Quien durante decenios ha tomado somníferos, no podrá dormir, desde luego, si le son quitados” (Freud, 1976: 48).

REFERENCIAS

Carr, Nicholas. (2011). Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes? Bogotá: Aguilar.

Freud, S. (1981). El malestar en la cultura. Obras completas, Tomo III. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. Obras completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1979). El porvenir de una ilusión. Obras completas, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.